

ARTICULO VIII.

Estado de las principales iglesias de Occidente.

Al tender la vista sobre las principales iglesias de Occidente en el siglo, cuya historia describimos, se ven á un mismo tiempo grandes abusos y grandes objetos de edificación, como en la mayor parte de los siglos que ya hemos recorrido. Los abusos procedían de los errores del tiempo, del genio de las naciones, de la forma de gobierno, de la situación respectiva de los estados, y de las preocupaciones, por las quales los hombres reglaban su conducta. Las acciones edificantes que nacían de un fondo de religion y piedad, que la corrupcion de costumbres, y las nuevas máximas no habían enteramente destruido, consolaban á los hombres de bien en medio de los desórdenes, y de los males públicos que les hacían gemir.

La iglesia galicana continuaba siendo el centro de la luz, y la parte mas floreciente del christianismo. Una serie de disensiones suscitadas entre la corte de Roma y el rey Felipe Augusto, relativas á Ildeburga de Dinamarca, su segunda muger, que habia repudiado con pretexto de parentesco, pero realmente por disgusto para casarse con Ana de Merania, la turbaron á principios de este siglo. La aversion que habia concebido Felipe á Ildeburga era tan grande, que mas quiso ver todo su reyno en entredicho por mas de siete meses, que resolverse á volver á admitirla; y quando tomó el partido de separarse de Ana de Merania, que era la piedra del escándalo, Ildeburga fué aun detenida largo tiempo en el palacio de Etampe ántes que su esposo se resolviese á juntarse con ella; no volviendo á la corte hasta 1213, despues de 16 años de separacion. El entredicho que aquel divorcio habia acarreado al reyno causó mucha confusion por la suspension del culto divino y de todos los ejercicios públicos de religion, los quales los pueblos aman mas que la religion misma, de que pocos conocen el verdadero espíritu. Además este entredicho se observó con tanta exâetitud, que el casamiento de Luis VIII., primogénito de Felipe Augusto, con Blanca de Castilla, se celebró en Fuente-elbrando en el condado de Anjou, no pudiendo hacerse en los dominios

del rey. Quando la historia no nos presentara otros exemplos de la misma especie, éste seria suficiente para darnos á conocer el respeto infinito que se tenia entónces á las censuras de Roma, y de la extension que los papas habían dado á su poder, sin que los obispos hiciesen la menor oposicion, siendo un legado quien habia puesto el entredicho de que hablamos, y á quien los mismos obispos se sometieron.

Todos los príncipes que reynaron en Francia durante este siglo, sin exceptuar á Felipe Augusto, á pesar de las faltas en que le precipitó su inclinacion á Ana de Merania, fueron monarcas muy religiosos, y muy zelosos de la gloria de la Iglesia. Todos han dexado monumentos del amor que la profesaban, ya en las leyes que han publicado para la observancia de las eclesiásticas, ya en los exemplos de piedad que dieron á su pueblo. Felipe Augusto nos ofrece una prueba de esto, pues sacrificó su ternura y sus repugnancias, por calmar el escándalo del vínculo ilegítimo con que se habia ligado, y de los daños espirituales de que habia sido el origen. Pero ninguno de nuestros reyes, ántes ni despues de esta época, ha llevado mas adelante el amor de la religion, y la práctica de todas las virtudes christianas, que san Luis. Fué el prodigio de su tiempo, magnánimo á la frente de sus tropas, de una prudencia admirable, y de una política sólida en los consejos, conduciéndose solo en todas sus acciones por los principios de la justicia y de la bondad, consultando en todas sus empresas las reglas y las máximas de la religion, cuyos intereses nadie supo conciliar tan bien con los del estado; y en fin dexando á los siglos venideros el único exemplo de un monarca completo y de un perfecto christiano.

Baxo el reynado de este príncipe, aun mas que en los de su abuelo, de su padre y de su hijo, floreció la religion en Francia. Sus leyes estaban sostenidas del poder soberano; sus ministros honrados, y su autoridad ya excesiva, ya menospreciada de los grandes, fué contenida en sus justos límites, y protegida contra la audacia de los poderosos. Blanca de Castilla, su madre, princesa tan piadosa como hábil, merecía nuestros elogios, quando no hubiera hecho otro bien, que el de educar en la virtud al jóven rey, que crió para gloria y

honor de la Francia. Margarita de Provenza su esposa reunía en tan alto grado todas las buenas prendas del talento y del corazón, que se ha hecho su elogio diciendo que el cielo se había complacido en formarla digna de tal esposo. Isabel su hermana vivió en la práctica de las buenas obras, y murió santamente en el monasterio de Longchamp, su fundación. Alfonso, conde de Poitiers y de Tolosa, su hermano, que la acompañó en sus dos cruzadas, y que murió volviendo de la segunda, siguió sus pasos, imitó su valor, y aun más su virtud. Juan Tristan, su tercer hijo, que murió de una edad temprana en el sitio de Tunez, se hacía admirar de veinte años por su prudencia, pureza de costumbres, que juntas con su valor intrépido, hicieron considerar su pérdida como una pública desgracia. En fin, Felipe el Atrevido su sucesor, sin tener el carácter sublime, ni todas las virtudes del santo rey, no dexó de honrar el trono y la religión con muchas prendas estimables, que la experiencia hubiera perfeccionado á haber reynado más tiempo.

Muchos santos obispos ilustraron la Francia en este siglo, y trabajaron con zelo en edificar á los fieles que estaban á su cargo. Tales fueron entre otros san Guillermo, arzobispo de Bourges, de la familia de los condes de Nevers; san Esteban, primer abad de santa Genoveva de París, y después obispo de Tournai, que renovó la simplicidad, la caridad y desinterés de los apóstoles; otro Esteban beatificado, que salió de la cartuja de Portes, para ocupar la silla de Die, y que conservó en el ejercicio de su ministerio el espíritu de penitencia y de oración en que se había formado en la soledad; y san Guillermo Pinchon, obispo de san Briex, que dió muestras de su caridad con abundantes limosnas. Poseía también la iglesia de Francia en el clero secular y reglar varios personajes igualmente recomendables por sus talentos y virtudes. Ya hemos dado á conocer algunos, hablaremos de los demás en los artículos 11 y 12.

La España tuvo como la Francia en este siglo la gloria de contar un gran Santo entre sus reyes. Hablamos de san Fernando, que reunió las dos coronas de Castilla y de Leon. Este virtuoso príncipe estuvo casi en continua guerra con los musulmanes, á los quales hizo varias conquistas importantes. Les ganó las ciudades de Ubeda,

Córdoba, Jaen, Murcia, Sevilla y otras ménos considerables. Restableció en ellas el christianismo, reedificó ó hizo reconciliar las iglesias, proveyó de buenos obispos á las sillas de estas ciudades, que su valor acababa de restituir á la religion, aplicándose, como si él mismo fuese obispo, á hacer que floreciesen las buenas costumbres en las nuevas sociedades christianas. En el curso de sus expediciones contra los mahometanos, este santo rey, que tomaba las armas ménos por su gloria que por los aumentos de la fe, recibió muchas veces notables muestras de la proteccion del cielo. Sin ser crédulos hasta admitir indistintamente como milagros todos los acaecimientos, hay algunos apoyados en tan auténticos testimonios, que no se puede dudar de ellos. Lo que los historiadores contemporáneos han escrito acerca de los prodigios que obró Dios para hacer más completas las victorias de san Fernando, y algunos otros reyes de España armados por una misma causa, entra en la clase de los hechos averiguados, de que no es posible dudar sin faltar á todas las reglas de la sana crítica.

Si Jayme I. rey de Aragon, uno de los mayores capitanes de su siglo, no imitó á san Fernando en la práctica de las virtudes christianas, fué á lo ménos su competidor en la gloria de las guerras que emprendió contra los moros. Las ventajas que ganó sobre los infieles fueron tan continuas é importantes, que le adquirieron el sobrenombre de Conquistador. Sus victorias fueron igualmente útiles para la religion que para el estado. La isla de Mallorca, libertada del yugo de los musulmanes en 1237 por las armas de este príncipe, que aun no tenía veinte años, volvió á entrar baxo el de Jesu-cristo. El año siguiente tuvo la misma felicidad la ciudad de Valencia, capital de un pequeño reyno del mismo nombre; se hizo Iglesia la gran mezquita de esta ciudad, y se le dió un obispo, con cánónigos y clérigos para el servicio divino. Lo mismo se había hecho en Mallorca, al punto que aquella villa entró en poder de los christianos.

Habia en las ciudades de España y Africa sujetas á los sarracenos un gran número de christianos, y lo mismo en Marruecos y Tunez. Algunas veces gozaban entera libertad en los ejercicios públicos de su religion, baxo obispos que los gobernaban. Pero muchas veces eran vexados

y ultrajados por los infieles de un modo tan violento, que se pueden mirar á estas borrascas, aunque pasajeras, como verdaderas persecuciones, y como mártires á la mayor parte de los que entonces hicieron morir los infieles. Estas eran de ordinario las resultas de alguna grande pérdida que sufrían en la guerra, y de las batallas sangrientas que les ganaban los príncipes christianos; irritándose entonces contra los adoradores de Jesu-christo domiciliados en las ciudades ó países de su obediencia, para vengar la muerte de sus hermanos y sus mismas derrotas. El rey de Aragon Jayme I. les daba muchas veces motivo de ejercer con los christianos estas crueles represalias. Se dice que este príncipe les dió 33 batallas, que fueron otras tantas victorias, y que construyó ó reedificó hasta 1000 iglesias, contando sin duda las mezquitas que hizo consagrar al culto de Jesu-christo. Solo hacemos esta reflexion para indicar quanto se extendió el christianismo en España sobre las ruinas de la religion mahometana.

Ya hemos dado una idea de la funesta guerra que se produjo entre el sacerdocio y el imperio, y que duró casi todo este siglo. No se pueden concebir los males, que causó en los países expuestos á los efectos de su fuego devorador. La iglesia de Alemania, agitada por todos lados de estos civiles disturbios, perdió su tranquilidad y su gloria. Los obispos, por la mayor parte príncipes del imperio y miembros del cuerpo político, á causa de los feudos que poseían, no podían dispensarse de entrar en aquellas contestaciones, cuyos tristes efectos se experimentaban por todas partes. Abandonaban muchos el gobierno de las iglesias por ponerse al frente de sus vasallos, para mantener el campo por el partido que habian abrazado. Otros que tenían mas talento político y militar, emprendaban las dietas, no contribuyendo ménos á fomentar las turbaciones. Así casi todos los pastores habian desmentido su estado y abandonado sus funciones, para entregarse al exercicio de las armas, y á disputar los intereses políticos. Entre estas crueles disensiones, que mudaban los obispos y abades en guerreros y faccionarios, era imposible que no se renovasen los antiguos abusos, y que la religion conservase su imperio sobre los entendimientos y los corazones; pues siempre pierde algo, quando sus ministros no merecen la estimacion y el respeto

que da al ministerio una fuerza exterior, sin la qual no basta el carácter sagrado de donde dimana su autoridad.

Nada manifesta mejor el triste estado de la iglesia de Alemania; consecuencia de las públicas calamidades, que la memoria que envió al papa Gregorio X. Brunon ó Brunon, obispo de Olmutz. Hace ver al soberano pontífice que la mayor parte de las iglesias estaban despojadas de sus bienes, de modo que no habiendo con que subvenir á los gastos que exige el servicio divino, permanecían abandonadas; que este mal se hacia mas sensible en las parroquias de las ciudades y aldeas; que el pueblo no las frecuentaba; que despreciaba la voz de los curas; corriendo en tropel tras de ministros extraños llevados del atractivo de la novedad; que el número de los que abrazaban el estado eclesiástico era tan grande, que no se podían dar beneficios á todos para hacerles subsistir, viéndoseles por tanto recurrir á medios que envilecían su estado para poder vivir; que la ociosidad de aquellos clérigos menesterosos era el origen de mil desórdenes indecorosos al orden sacerdotal, y que le hacen despreciable á los legos. El obispo de Olmutz se queja ademas de otros muchos abusos que suplica al papa haga cesar mediante su autoridad. Tocaba á los pastores ordinarios trabajar cada uno en su diócesis en desarraygar los abusos y vicios que de ellos nacían, en vez de recurrir al papa agoviado ya con tantos negocios. Pero qué zelo, qué vigilancia podían tener unos obispos faccionarios, que desdenaban las funciones del ministerio santo para vivir en la disipacion y los enredos?

¿Debemos admirarnos á vista de esto de que la autoridad pastoral cayese en el desprecio? Es raro, ó por mejor decir, casi imposible que el pueblo la respete, quando las personas que de ella estan revestidas no se hacen respetar. Este desprecio de la autoridad espiritual y de las censuras eclesiásticas que de ella proceden, llegó en Alemania al punto de heregía. Predicaban públicamente que el papa era un usurpador y un tirano; que los obispos, por la mayor parte simoniacos y escandalosos, habian perdido por sus pecados la potestad de ligar y de absolver; y que los clérigos, cuya vida no era mas edificante, no merecían, del mismo modo, ser escuchados. Estos razonamientos de que la indocilidad de los pecadores se aprove-

chaba, como de un medio de evitar las penas canónicas, se dirigian abiertamente á sacudir el yugo de los legitimos pastores, y á romper todos los lazos de la dependencia en el órden espiritual. Ya veremos los progresos que estos dañosos principios hicieron en lo sucesivo, y los desórdenes que causaron quando los adoptó el fanatismo, y que los príncipes los favorecieron con la esperanza de aumentar su poder sobre las ruinas del sacerdocio.

La iglesia Anglicana estuvo agitada de violentas borrascas lo mas de este siglo. El carácter arrebatado, caprichoso y débil de Juan Sin-Tierra, la política interesada de los papas, que se aprovechaban de todas las circunstancias para extender sus derechos, y adquirirlos de nuevo, la conducta imperiosa y dura de los legados, el modo altivo con que trataban á los príncipes y al clero, sus exâcciones, su codicia, finalmente el murmullo de la nación, sus tumultos, su rebelion contra los romanos, autores de mil vexaciones clamando contra el rey que las habia traído, entregándolos al estado y el pueblo: tal es el espectáculo que nos presenta en la época de que hablamos la historia de esta famosa isla que raras veces gustó las dulzuras de la paz. Juan, siempre inconseqüente y contrario á sí mismo, despues de haber menospreciado á Roma, y amenazádola de vindicar los ultrajes que de ella recibia, arrojando de sus estados los eclesiásticos y monges, se abatió hasta hacerse tributario del pontífice, cuyo poder habia desafiado. Las conseqüencias de un orgullo tan mal sostenido, y de una baxeza tan despreciable fueron tales, quales se debian prever. El rey, comprando la proteccion del papa con los sacrificios de sus mas preciosos derechos, y aun con la soberanía, de que solo le quedó la sombra, no remedió los males ya hechos, y abrió un nuevo camino á los desórdenes. Los disturbios y calamidades yendo cada dia en aumento, las quejas se aumentaban á proporcion. El mismo clero, que por un efecto de las preocupaciones del siglo habia obedecido como esclavo á la corte romana, conoció bien presto la imprudencia de su conducta, murmurando oprimido del yugo que se habia impuesto. Se quejaban del rey, cuyos errores habian ocasionado los suyos. Por otra parte el cardenal Esteban de Langton, cuya elevacion á la silla de Cantorberi contra la voluntad del rey habia sido la causa de todos los enre-

dos, viendo que los agentes de Roma se apoderaban de todo, y aniquilaban la autoridad de los obispos sin perdonar la del primado, se oponia á las empresas del legado; y éste, á quien la resistencia hacia mas imperioso, proveia con absoluto dominio las sillas vacantes, y decidia á su arbitrio todas las causas eclesiásticas, aun muchas veces contra las leyes y usos observados desde tiempo inmemorial en esta iglesia.

Los ministros de la corte de Roma, gente de una avaricia insaciable, hacian todos los dias nuevas peticiones al rey, al clero y á la nacion. No contentos con el dinero de san Pedro, antiguo tributo que se imponia en la Inglaterra para utilidad del papa, ni con mil marcos esterlinos que Juan Sin-Tierra se habia obligado á pagar anualmente á la santa sede, él y todos sus sucesores, declarándose su vasallo, los agentes de Roma exígian con diversos pretextos otras sumas para sí; porque no se ocupaban ménos en su propio interes, que en los negocios que les estaban confiados. Producian continuamente nuevas bulas que autorizaban sus exâcciones. Pedian á nombre del papa, ya las rentas de dos prebendas de cada iglesia, y de dos plazas en cada monasterio, ya el diezmo de todos los bienes muebles que poseian los señores, los hombres libres y las gentes eclesiásticas; ya finalmente el quinto de las rentas eclesiásticas de Inglaterra é Irlanda. Se sabia que todo el dinero que salia por los diferentes canales de estos dos reynos, se empleaba en sostener la guerra que habia el papa emprendido contra el emperador, y en mantener el fausto de los cardenales: fausto que cohonestaban con los bellos nombres de esplendor y dignidad de la iglesia Romana. Este uso de las sumas exígidas de los grandes como del pueblo, y que el temor de la excomunion y entredicho impedian rehusar, hacia aun mas insoportable el peso de estas exâcciones, y mas odiosos á los exâctores. Se llegó tambien á hacer á la religion responsable de los males, cuyos autores é instrumentos eran sus ministros. Conseqüencia injusta, pero que el pueblo jamas dexa de deducir, quando se cree con el derecho de atribuir sus desgracias á los que debian ser para él un manantial de beneficios, y modelos del mas perfecto desinteres.

La guerra civil, que se encendió en el reynado de Juan Sin-Tierra, y que continuó algun tiempo en el de

Henrique III. su hijo, aumentó tambien los desórdenes. Los ciudadanos que entre sí se degollaban ponian el colmo á los males; entregáronse á todos los furores de que se hacen los pueblos capaces quando se arman contra sus soberanos. Estos tiempos de crímenes y atrocidades son siempre aquellos en que la religion reyna ménos en los espíritus y los corazones. Su voz es tan poco atendida como la de la razon; quando se atropella sin remordimientos la naturaleza y la humanidad, nada se conoce que sea sagrado. No obstante en medio de estas convulsiones habia en Inglaterra algunos hombres estimables y aun virtuosos. Aquel cardenal Langton por quien habian tenido principio las alteraciones, era un prelado de muchas luces para su siglo, y muy aplicado á las obligaciones de su ministerio. En tiempos mas tranquilos hubiera trabajado con buen éxito en restablecer el buen orden en la sociedad christiana. Tenia ciencia y talento. Se dedicaba en quanto lo permitian las circunstancias á la instruccion de su pueblo. Ha dexado comentarios sobre la santa escritura y otros escritos que no carecen de mérito, y se han conservado manuscritos en algunas bibliotecas de Inglaterra. Ricardo, que le sucedió en la silla primada de Cantorberi, era asimismo un varon sábio y virtuoso. Pero san Edmundo, sucesor de éste, fué el mas recomendable de los prelados de Inglaterra por su zelo, su prudencia y piedad. Era tesorero de la iglesia de Satisberi, quando el clero de Cantorberi fixó en él los ojos para elevarle á una dignidad que los Anselmos, los Lanfrancos y tantos varones grandes habian ilustrado. En el tiempo de su episcopado empezó la contribucion del quinto sobre las rentas eclesiásticas. No se opuso á ella temiendo que la negativa causase mayores daños. Con este pensamiento, que prueba bien su prudencia y moderacion, dió exemplo á los demas obispos, pagando por su parte 800 marcos de plata á los colectores de aquel impuesto. Se ve por esta suma qual era la riqueza de las iglesias de Inglaterra, y quanto dinero sacaban de este reyno los romanos. Afligido san Edmundo de los males que asolaban su patria, se retiró al monasterio de Potigni, del orden del Cister, en la diócesis de Auxerre, acabando de santificarse con la práctica de todas las virtudes, de que esta soledad ofrecia entónces tantos modelos como moradores. Su cuerpo descansa allí, y la veneracion pública de que siempre

ha sido objeto aquella preciosa reliquia, se ha conservado hasta nuestros dias. San Ricardo, obispo de Chischester, y Seval, arzobispo de Yorck, ambos discípulos de san Edmundo, adornaron tambien la iglesia de Inglaterra en aquellos tiempos de agitacion, y lo mismo Roberto obispo de Lincoln. Este último, de un zelo grande y una vida irreprehensible, lloraba altamente los males de la Iglesia en general, y en particular los de la Inglaterra. Hablaba de ellos con mucha libertad en las instrucciones que daba á su pueblo y en sus escritos. En ellos atribuia la causa al defecto de pastores ilustrados y vigilantes. Decia que de ordinario el Evangelio y la religion se han propagado á medida que hubo buenos pastores en todas las partes del mundo; y por el contrario que por los malos la fe y la religion se habian extinguido en muchos parages, y por ellos se han visto asolar el universo los cielos, las heregias y la corrupcion de las costumbres. Esta reflexion del pio y sábio prelado se puede aplicar á todos los siglos.

El christianismo hacia nuevos progresos en los reynos del Norte, en donde se veian tiempo habia las iglesias florecientes. La Suecia, la Dinamarca, la Noruega, la Polonia y la Bohemia, que eran christianas, enviaban á las naciones vecinas, sumergidas aun en las tinieblas del paganismo, misioneros zelosos y activos que trabajaban en su conversion. Los papas, que exercian por sus legados una autoridad absoluta sobre estas nuevas iglesias, no las perdian de vista, y empleaban los medios posibles para extender la religion sobre las ruinas de la idolatría. Enviaban religiosos para predicar el Evangelio, dirigiendo las fatigas de estos varones apostólicos que se consagraban voluntariamente á tan piadosa empresa. Escribian á los príncipes, á los obispos y á las ciudades, empeñándolos en auxiliar con todo su poder á los nuevos christianos de aquellas regiones, y á los ministros caritativos que se dedicaban á su instruccion. Por este medio la Livonia, la Prusia, la Curlandia, la Lithuania, la Silesia y otros países del Norte recibieron en este siglo la luz de la fe por el órgano de muchos santos misioneros, á quienes no hacia retroceder el temor de los riesgos á que estaban expuestos en tan penosa carrera. Los pueblos de aquellos climas eran ignorantes, feroces y muy adictos á su anti-

gua superstición. Además su natural inconstancia, y la fuerza de la costumbre, los hacia volver muchas veces á su antiguo culto despues de haberle dexado. Entónces eran mas opuestos á la verdad, mas acalorados contra los que perseveraban en la fe, que ántes de renunciar á los ídolos. Tal vez porque no los exâminaban bien ántes de bautizarlos, y quizás porque los medios que se empleaban para hacerles abrazar el christianismo, servian mas bien á alejarlos que á atraerlos.

En efecto, con el pretexto de defenderse contra los ataques de los paganos, las nuevas sociedades christianas, establecidas en aquellos parages en que la religion de Jesu-christo penetraba tan difícilmente, entraban espada en mano degollando á quantos rehusaban abandonar los ídolos. Los papas ofrecian á los cruzados que no podian ir á pelear contra los sarracenos de Oriente este medio de cumplir sus votos. Los alemanes y todos los pueblos del otro lado del Rhin preferian estas expediciones mas vecinas y ménos penosas al viage de la tierra santa, que exígia muchos gastos, y que unia la intemperie del clima á los peligros ordinarios de la guerra. Volvian pues contra los paganos del Norte su zelo y su espada. Estas cruzadas no aparecian ménos legítimas que las otras, porque se dirigian asimismo á extender el imperio de la Iglesia, y á someterse pueblos que se miraban tambien como enemigos de la religion, y como infieles. Tales eran las preocupaciones de aquel tiempo, no atreviéndose nadie á sospechar que fuesen otros tantos errores. Se instituyó asimismo con este objeto una nueva orden de religiosos militares, llamada los caballeros de Christo ó de la Espada, porque llevaban sobre el manto la figura de una espada y la de la cruz. Se unió despues á la orden de los teutónicos, que siendo de una institucion mas antigua, se habia hecho ya considerable por su poder y sus riquezas. Los papas les concedieron la propiedad de todas las tierras que conquistasen á los infieles. Se les acusó de haber algunas veces abusado de esta concesion, y de sus demas privilegios, trastornando el zelo de los misioneros que debian proteger. Un escritor juicioso ha observado que en los buenos siglos del christianismo no se conocia otro medio de convertir los infieles, que el de la instruccion y persuacion, sostenidas con la oracion y el

buen exemplo. Habian variado bastante las ideas desde aquellos felices tiempos, pues en la época en que estamos habia ya cerca de 200 años que no se dudaba ser permitido violentar á los paganos y hereges, y hacer mudar de opinion en materia de culto por medio de la fuerza y el terror de las armas. Esta diferencia de medios con relacion á un mismo objeto, da á conocer mejor que nuestras reflexiones la de los siglos. Si el método del XIII., tan contrario al de los primeros tiempos, es ademas muy opuesto al verdadero espíritu del christianismo, no debe imputarse á él, y sí solo á las pocas luces y á los extravíos del entendimiento humano.

ARTICULO IX.

Pintura de la iglesia de Roma; carácter de los pontífices que la rigieron en el siglo XIII.

Con las noticias esparcidas en los artículos que se acaban de leer, se ha bosquejado ya la pintura de la iglesia de Roma durante todo este siglo. Lo que vamos á añadir completará la idea que se debe formar del verdadero estado de aquella iglesia, en que se fraguaron tantas tempestades, y de donde salieron tantos rayos, que conmovieron á todo el mundo christiano. Las varias qualidades de los pontífices que ocuparon la santa Sede en este espacio de tiempo, sus prendas buenas y malas, los extraordinarios acontecimientos de que fueron el alma y principales actores, lo bueno que hicieron, y las faltas que cometieron, su ingenio, sus talentos y su política; en una palabra todo lo que contribuye á dar á conocer su gobierno y su influencia en las diversas porciones de la sociedad christiana, no es lo ménos importante, ni ménos curioso de la Historia.

La autoridad pontificia, que habia ya pasado tanto de sus límites respecto de lo espiritual y temporal en los siglos antecedentes, llegó á su colmo en éste. Lo que en adelante se intentó añadir á ella, no strvió sino para hacer mas patentes los defectos de una obra cuya irregularidad hubiera chocado ménos si se hubiera advertido ántes que salia de aquella justa proporcion que debe tener todo edificio con sus cimien-